

MUNDO

> DESAFÍO AL PODER / La entrevista

TANG BAIQIAO Disidente en el exilio y promotor del 'movimiento del jazmín'

«Si Egipto puede, China también»

ARITZ PARRA / Shanghai
Especial para EL MUNDO

Hasta la fecha, las concentraciones en China del jazmín –o *moli-hua*, en mandarín– adolecen de escaso poder de convocatoria. Han logrado, eso sí, hacer saltar las alarmas en Zhongnanhai, la sede del Gobierno comunista, aunque la prensa extranjera sigue demostrando más interés en concentraciones como las anunciadas para hoy domingo que la mayoría de los ciudadanos.

Además del miedo a las represalias o la huella de la masacre de Tiananmen en la memoria colectiva, los observadores del país asiático apuntan a la falta de sintonía entre lo que quieren los ciudadanos de a pie y quienes, desde el exterior, llaman a echarse a la calle, aunque solamente sea para *pasar* contra el régimen.

Miembro destacado del movimiento reformista de 1989 y exiliado en Estados Unidos desde 1992, Tang Baiqiao (Hunan, 1967) es una de las cabezas visibles de la disidencia en el extranjero. Un movimiento fragmentado, plagado de causas y siglas, donde las luchas internas y rivalidades han cercenado buena parte de su prestigio. Tang, que escapó a Hong Kong tras pasar 19 meses de prisión y tortura –«Nunca me arrodillé y nunca me di por vencido», dice a EL MUNDO–, publica ahora sus memorias junto con el periodista Damon DiMarco. Hollywood ya ha comprado los derechos para llevarlas a las pantallas.

Pregunta.– ¿Qué balance hace de las concentraciones hasta hoy?

Respuesta.– Creo que esto es sólo el principio del fin de la autocracia. Más y más gente se sumará al movimiento del jazmín, y el Partido Comunista lo sabe muy bien. Si Egipto puede tener una revolución, ¿por qué no China? Creo que este año veremos un gran cambio en China. Las redes sociales e internet acabarán por cambiar a China.

P.– ¿Quiénes son los promotores del movimiento del jazmín?

R.– Nadie sabe quién lo inició realmente, porque las convocatorias se distribuyeron por internet de forma anónima. De hecho, no importa. Ahora sólo nos interesa saber si conducirán a una simple

«Cada vez más gente se sumará a las protestas; internet cambiará mi país»

reforma o si lograrán la democracia. Queremos una revolución y un vuelco para China, pero lo queremos lograr sin violencia.

P.– ¿Buscan acabar con el Partido Comunista?

R.– No. Con el tiempo, queremos instaurar la estabilidad social a través de la justicia. Pero sólo un país democrático puede ser realmente estable. Queremos terminar con la autocracia del Partido Comunista y con su dictadura.

P.– Después de dos domingos de altercados, ¿cómo califica la respuesta oficial?

R.– El Partido Comunista ha respondido en su línea, con dureza, arrojando a disidentes, tratando de destruir el movimiento en su germen e inundando internet con mensajes pagados en su favor. Han atacado a la prensa internacional. Se lo están tomando con seriedad, pero si no cambian sus formas de operar, sufrirán grandes problemas en el futuro.

P.– Hasta la fecha, la iniciativa ha congregado a más policía y prensa que a manifestantes. ¿No le huele a fracaso?

R.– No. Un puñado es mejor que nada. Los chinos se han mantenido en silencio desde el movimiento democrático de 1989, al menos en el ámbito político. Ésta es la única vez que ha habido llamadas claras a la democracia, así que es un gran paso. En las próximas semanas cada vez más gente se sumará a nuestro movimiento.

P.– ¿Cree que el pueblo chino quiere revueltas como las de Oriente Próximo?

R.– Sí, pero no creo que millones de chinos se echen a Tiananmen. Elegirán una vía distinta, más gradual, para obtener logros similares a los de los tunecinos, los egipcios o los libios. Pero no podemos esperar otros 20 años. La situación empeorará si el sistema político del país no cambia. El pueblo chino lo sabe, pero simplemente tiene miedo.

P.– ¿Y no hay también una brecha entre las necesidades inme-



E.M.

diatas de la mayoría del pueblo y la agenda política de ustedes, los disidentes exiliados?

R.– Parecería que la brecha es grande, pero no es necesariamente cierto. Ocurre como en Egipto. La mayoría de egipcios sólo querían tener un mejor trabajo, o un trabajo, al menos. Antes de que la revolución comenzase ni siquiera podían imaginar que podrían vivir en un país libre. Pero cuando los

tunecinos vencieron a su dictador y los disidentes egipcios en el extranjero instigaron la revolución, todos se unieron para tumbar a Mubarak... ¡en solamente 18 días! La mayoría de los chinos quiere

vivir en un país libre, pero los ciudadanos no creen que pueden conseguirlo por sí mismos. Los disidentes debemos ayudarles.

P.– Su libro *Memorias de un contrarrevolucionario chino* habla de que hay «dos Chinas». ¿En qué se diferencian?

R.– Una es ancestral, bella, con una cultura tradicional, elegante y moral. La otra está representada por la cultura del Partido Comunista de China, sin libertades, injusta, con condiciones deplorables para los derechos humanos y un sistema político trastrocado.

P.– Hablando de dos Chinas. ¿Qué diferencias ve entre la de 1989 y la de hoy?

R.– Ha habido cosas que han ido a mejor y otras a peor. La economía, por ejemplo, ha ido a mejor.

El sistema político, a peor. Se ha mejorado en la protección de algunos derechos, en las condiciones de los inmigrantes internos, en la educación... Pero lo demás –libertades religiosas, de expresión o los derechos de los presos– ha ido a peor. En 20 años, China debería de haber mejorado muchas cosas más que solamente su economía.

Pekín promete reformas para un crecimiento más sostenible

A. P. / Shanghai
Especial para EL MUNDO

El Gobierno chino prometió ayer responder al «gran resentimiento» popular y llevar a cabo reformas para revertir en 2011 una «situación extremadamente compleja para el desarrollo», según indicó el primer ministro. La alta inflación –un 4,9% en enero–, la corrupción en los sectores público y privado, la desigualdad de ingresos, el derroche energético y la contaminación derivada de un modelo de crecimiento que prima la velocidad frente a la calidad serán algunos escollos que el Partido Comunista tendrá que corregir si quiere mantener la estabilidad social, explicó Wen Jiabao en un discurso equivalente al del debate sobre el estado de la nación en una democracia (aunque sin la parte del debate).

Con la agenda social en mente, la Asamblea Nacional del Pueblo aprobará este año el XII Plan Quinquenal de China, un documento que hasta 2016 guiará el viraje económico hacia un crecimiento más sostenible, más alejado de las exportaciones, impulsado por el consumo y basado en la innovación tecnológica.



Policías chinos en la Plaza de Tiananmen durante la reunión anual de la Asamblea Nacional del Pueblo, ayer, en Pekín. / REUTERS